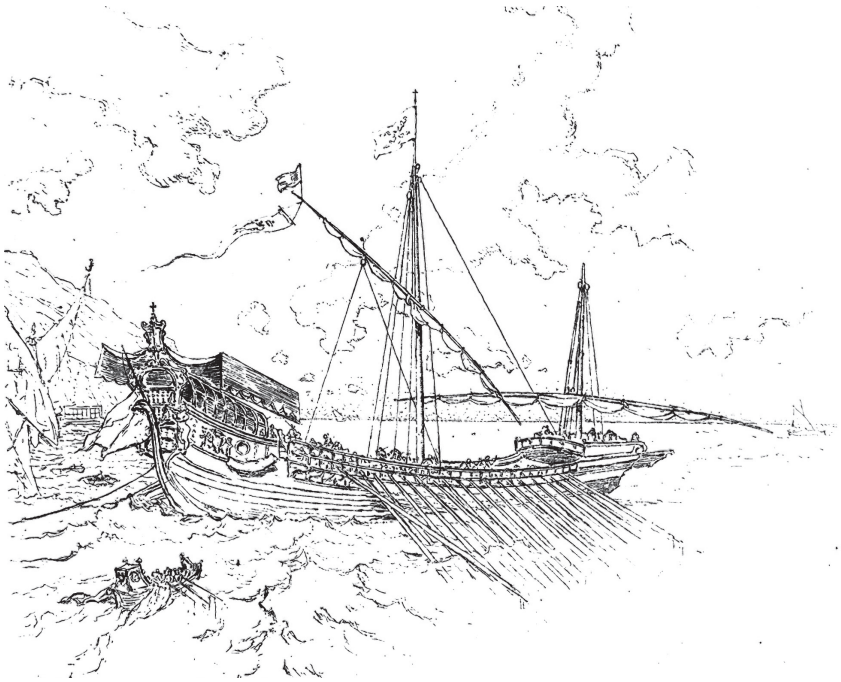
La Mala Zorra

Una historia de corsarios



Dativo Donate

A mis padres,

a mis hijos

y a John Ford.

Índice

Prólogo 7
La Galeota 11
La expedición de La Mala Zorra 17
La historia de Paolo, el manco 25
El adiestramiento 33
Proa al griego 39
Tretas de Calcerán de Cos 45
El cambio de rumbo 57
El desastre 63
El abordaje 71
El signo 79
La herida del corsario 95
La costa de Berbería 103
El pueblo 111
La fuga 119
En la galera de Murad Rais 125
La mujer a bordo 133
Justicia 143
La Lampedusa 153
El último viaje de La Mala Zorra 159
La ratonera 165
La espera 175
Los dos capitanes 179
Los hombres que valen 189
Lo que ocurrió después 195
Orígen imágenes 203

Prólogo

Mucho antes de saludarle, yo ya me sentía amigo suyo. Simpaticé desde el primer momento con aquel hombre de perilla entrecana y gafas quevedescas que, siempre agradable, sosegado, simpático, discreto, transigente, exponía sus argumentos o compartía su saber sin caer en la afectación o la soberbia, cosa nada corriente en aquellos foros de Internet que ambos frecuentábamos. No recuerdo el momento exacto en el que comenzamos a hablar, pero creo que él estará de acuerdo conmigo en que simpatizamos enseguida. Lo que en un principio imaginé como un pseudónimo era en realidad su nombre, un nombre de literato o de personaje literario: Dativo Donate. Desde entonces trabamos una buena amistad y hablamos muy a menudo, nos comunicamos nuestros pensamientos, nuestras esperanzas, nuestras decepciones..., y he de confesar que siempre he admirado la estoicidad con la que Dativo saluda a estas últimas, apenas volviendo la cabeza para mirarlas cuando vienen, encogiéndose de hombros y echándose a reír. Lo cierto es que podría llenar páginas y páginas hablando de las cualidades personales de Dativo Donate, o de lo gozoso de nuestras tertulias, ya fueran sobre Ca-

ravaggio, Valle-Inclán o Sam Peckimpah, sentados en torno a una mesa del *Lacón*, u otro celebrado figón de la Villa y Corte, pero no quisiera entretener al lector más de lo necesario para que así pueda empezar cuanto antes esta maravillosa novela que tiene en las manos.

Yo conocí esta novela en febrero del año 2018, diez años después de su primera edición. Dativo y yo habíamos hablado durante algunas semanas y, como suelen hacer los escritores cuando ganan mutua confianza, decidimos intercambiar nuestras obras. Yo le envié, si no recuerdo mal, los dos primeros volúmenes de *El Siglo de Acero*; y él correspondió enviándome un ejemplar de *La Mala Zorra*, más otra novela suya titulada *Varia fortuna de Pompeyo Lauro*. El mismo día que los recibí, comencé la lectura de la primera, pues, en conversaciones anteriores que habíamos tenido me había generado mucho interés, además de que su ambientación, todo ese mundo del corso en el Mediterráneo, con sus historias de abordajes, saqueos, cautivos y pueblos costeros en llamas, me atraía poderosamente. Y recuerdo que, al leer sus primeras páginas, la narración me pareció de una gran claridad. Llena de luz. Esa luz que los críticos literarios podrían comparar con la de Azorín o Álvaro Cunqueiro. Sus personajes estaban tan vivos que era como si tuvieran un foco de luz sobre ellos cuando aparecían en la narración. Incluso yo, mientras leía, era capaz de sentir en el rostro la luz del mediodía que reverberaba en las velas y el agua, como si fuese otro tripulante más de la donosa galera. Por doquier se podía percibir la mano maestra de un autor que sabe combinar todas sus influencias para que cada uno aporte lo necesario: me encontré cine, sobre todo cine clásico (no en vano la novela está dedicada a John Ford), también literatura picaresca y crónicas de marinos y aventureros, así como algunas pinceladas de folletón de capa y espada. En suma, el estilo de Dativo Donate es de una sencillez admirable y a la vez de una segura eficacia. Maneja una prosa muy expresiva, rica, nunca sobrecargada ni pedante, y siempre al

servicio de lo narrado. En dos palabras, un estilo que no es otra cosa que el reflejo del carácter del autor. *La Mala Zorra* es una novela que se lee con gran fluidez. Pocas veces se da el caso de que una obra tan amena y dinámica esté, al mismo tiempo, tan bien conformada y apuntalada. El trabajo de documentación se nota, pero no se hace notar, como debe ocurrir en toda buena obra de ficción. Esto fue algo que aprendí e intenté imitar yo mismo después de leer *La Mala Zorra*. En una ocasión, Dativo me dijo que el propósito de una novela de aventuras no debe ser el de enseñar Historia, sino el de contar una buena historia. Y que, si la narración es sólida y efectiva, ya indirectamente el lector aprenderá Historia con ella. Llevaba razón. Yo aprendí mucho leyendo la novela; y mentiría si dijera que, a la vez que la leía, no sentía cierto apuro, cierta vergüenza, pensando en lo que las mías, tan juveniles aún, iban a parecerle a Dativo.

Unos días más tarde nos escribimos, refiriendo nuestras impresiones. Y tengo que señalar que, nuevamente, aquí Dativo demostró su gentileza e hidalguía, pues me envió una serie de comentarios que había recopilado durante la lectura de mis novelas, y que estaban encabezados por una frase que no olvidaré, que decía *con esto no pretendo señalar errores, sino proponer mejoras*; además de que me pedía disculpas por adelantado, temeroso de que alguna de sus opiniones me pareciera demasiado dura, que no fue el caso. Todas resultaron cabales, tiernas, útiles. Por mi parte, ni que decir tiene que ponderé y alabé lo mucho que había disfrutado su libro y la gran calidad del mismo. Desde aquella primera lectura, *La Mala Zorra* entró en ese selecto grupo (*Luces de Bohemia*, *The Dirt*, *Don Juan Tenorio*, *A Esmorga*...) de obras que procuro releer una vez al año. Y más tarde, cuando me senté a escribir *Sol de Sangre*, tuve *La Mala Zorra* a mi lado como fuente de inspiración y espejo de pulso narrativo; por ello siempre consideraré que estas dos obras son, de algún modo, hermanas. Y para finalizar este prólogo, si se me permite, me gustaría aconsejar al lector

que lea este libro con detenimiento, disfrutándolo, saboreando esta prosa que sabe a pan recién hecho; que se deje cautivar por la gran sensibilidad que Dativo demuestra al ahondar en las almas humanas y plantear sus conflictos; que navegue por este mar Mediterráneo que se presenta palpitante y peligroso; que intime con estos personajes llenos de claridad, de comprensión, de viril ternura. Pues otro de los grandes valores de este libro es que el honor, tan ligado a las novelas de este período, no es para Dativo una ley bárbara que los hombres impongan por la fuerza de su brazo, sino la virtud de esa continua y a veces inconsciente búsqueda de la dignidad personal. Que nadie espere encontrar héroes de cartón piedra, pues aquí hallará personas humanas, unas personas que sienten y padecen, por las que resulta fácil preocuparse y con las que es sencillo identificarse. Por ello es una obra atemporal, que se disfruta hoy como se disfrutará siempre; y estoy seguro de que, al igual que me ocurrió a mí, muchos de los que se sumerjan en sus páginas quedarán cautivados, y en el momento de llegar al punto y final, los nombres de *Galcerán de Cos*, *Gasparico* o *Cantagallo*, se habrán ganado un lugar en su memoria, ese lugar que corresponde a los personajes literarios que nos dejan huella.

Héctor J Castro. Ferrol, octubre de 2021

La Galeota

LA PLANICIE VERDIAZUL se dejaba cabalgar, mansa y quieta en su vaivén como yegua inmensa y dócil. Las tres naves patinaban en el lomo de la mar con levedad de juguetes, movidas por un robusto viento de poniente que henchía los pulmones y las velas. Ni hacía falta bogar, y la chusma descansaba sobre los remos afrenillados. Hasta el viento aborregaba las olas sin descomponerlas, como si el muy tunante pareciera no querer ningún mal a nadie.

Eran tres las naves: dos galeotas más la galera capitana. En la galera, de hechura reciente y muy lozana, el olor fresco de la mar se mezclaba aún con los aromas de la madera nueva, la cera, el barniz o la brea. El espolón novato miraba hacia levante con impaciencia de probarse, como para justificar su capitanía con hechos y no por despachos. Las galeotas, por el contrario, habían visto ya mucha mar y no poca pólvora. Una de ellas era muy vieja y, aunque acababa de salir de puerto, presentaba un aspecto lastimoso. La vieja galeota conocía de sobra el mar que su proa hendía con leves cabeceos, y sabía que no era de fiar. El Mediterráneo es al fin el padre del corso